



**MISA DE CLAUSURA DEL
XXXV° CAPÍTULO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA
ROMA, 29-07-2018**

1. En numerosas culturas, existe la tradición de que antes de emprender un largo viaje va uno a pedir la bendición de un anciano. Él o ella os bendecirá y os dará un mensaje para el viaje. De hecho, no es sólo para el viaje, sino también para vuestra vida. Lo que ahora hacemos es algo semejante.

Al concluir nuestro trabajo, después de haber tomado un largo tiempo de reflexión sobre la situación del mundo y de la SM, tras haber tomado numerosas decisiones, estamos prestos a volver a nuestro lugar de origen para comenzar el trabajo. Después de haber visto y juzgado, estamos preparados a actuar.

¡Es pues el momento de recibir la bendición de Dios y sus palabras de sabiduría para estar prestos a ir y actuar! ¡Y como estábamos ya invitados a recordarlo, si somos fieles, seremos igualmente felices y fecundos!

¡Vamos pues a recibir la bendición y el mensaje –la palabra– de Dios!

En el Evangelio de Juan, Dios nos ofrece estas magníficas palabras, que se adaptan totalmente a las conclusiones de nuestro capítulo general.

Jesús está en medio de una gran muchedumbre que se ha dejado atraer por sus milagros.

Ha enseñado y alimentado espiritualmente a la multitud, pero ahora sobreviene otro problema: ¿Cómo alimentar igualmente su cuerpo?

¡Como marianistas, comprendemos que tras haber trabajado por la educación y el celo, Jesús está ahora ante los problemas del oficio de Trabajo!

Como Jesús, estamos hoy impresionados al ver que la multitud de nuestros «discípulos» crece sin cesar: son tan numerosos: ¿cómo responder a sus necesidades?

En el Evangelio, hay tres formas de ver esta realidad: como Felipe, como Andrés o como Jesús.

FELIPE dice: esta gente es demasiado numerosa... ¿qué haremos? ¿Cómo organizar a una multitud tan grande? Es imposible.

ANDRÉS responde: la situación no es tan mala: hay un chico que tiene cinco panes y dos peces... ¡pero es tan poco! No tenemos bastante... ¡Es imposible alimentar a la muchedumbre!

Para ambos, la conclusión es la misma: «Jesús, por favor, ¡diles que se vayan a casa! Y concédenos una tarde descansada... ». ¡Su idea es abandonar la misión!

Es exactamente lo que nosotros estamos tentados de decir hoy, como Felipe y Andrés.

Hay demasiado trabajo... es muy difícil... hay demasiados problemas... No tenemos bastante... no somos bastantes... somos demasiado viejos...

¡Y quizá queremos como ellos abandonar la misión!

Pero, como a Felipe y Andrés: «Jesús quiere probarnos». Y es importante recordárnoslo...

Para Jesús, hay dos problemas simultáneos: la multitud está hambrienta, pero además, ¡sus discípulos no creen bastante! Finalmente, él se ocupa de los dos problemas al mismo tiempo: alimenta a la multitud y forma a sus discípulos.

Expresa su respuesta, no con palabras, sino con actos.

Y lo hace asociando a sus discípulos a la acción, para que puedan ver y aprender.

¡Así aprenden que nada es imposible a Dios! Con cinco panes y dos peces, Jesús alimenta a más de cinco mil personas... Así pues: ¿dónde está nuestra fe?

Aprenden que la fe se expresa por medio de actos: si tal es la voluntad de Dios, en vez de pedir a la gente que se vaya, vais a pedirles que se sienten... y entonces, en efecto, vendrá de Dios una solución...

Se dan cuenta de que Jesús encuentra una solución rezando al Padre, para agradecerle sus dones...

¡En recoger el resto del pan, se dan cuenta de la generosidad de Dios y de que es importante no malgastar las gracias que nos ofrece!

2. ¿Y nosotros?

La multitud a la que tenemos que alimentar espiritualmente, intelectualmente y a veces hasta naturalmente es tan grande... nosotros somos tan pocos... somos tan viejos... somos tan inexpertos... nosotros somos tan... *(aquí podéis completar añadiendo las características de vuestra Unidad, país, cultura... ☺)*. Entonces, estamos tentados de abandonar.

Pero, como Jesús, el Padre Chaminade nos dice: ¿dónde está vuestra fe?

¿Dónde está vuestra fe en actos (al padre Chaminade le gustaba mucho la expresión: «la fe práctica»)?

Nuestra fe ¿no existe más que en la capilla, o bien inspire también nuestras decisiones, nuestras acciones y nuestro comportamiento?

¿Somos capaces de actuar antes de recibir el 100% de garantía de que todo irá bien?

¿Creemos que Dios puede dar la fecundidad incluso a un viejo?

¿Creemos que una pequeña luz puede iluminar una gran sala, y una pequeña llama encender un gran fuego...?

¿Creemos que...? *(aquí cada uno de nosotros puede completar la lista respondiendo a sus dudas personales... ☺)*

Y entonces, el padre Chaminade da gracias a Dios y comienza a «multiplicar los cristianos», - tan fácilmente como si se tratara de panes y de peces -:

y de un pequeño grupo de 12 chicos y 9 chicas jóvenes surgió un grupo de varios cientos de laicos misioneros con todo tipo de compromisos;

y de un pequeño grupo de cinco hombres y de cinco chicas jóvenes nacen dos congregaciones religiosas;

y todos estos grupos se reúnen en una familia carismática...

... y el padre Chaminade continúa...

¿No veis cómo, hoy, en el momento mismo en que vuestro número disminuye de tal forma, el número de personas a las que ayudáis no cesa de crecer...?

¿No comprendéis que vosotros estáis llamados a multiplicar los cristianos? (O a formar «multiplicadores de cristianos»).

¿No veis que hoy, los laicos cristianos y laicos de la familia Marianista e incluso los jóvenes son «multiplicadores de cristianos»?

Podemos estar muy felices y orgullosos de que la respuesta del Capítulo general haya sido muy clara:

«¡Sí, lo sabemos!»

«¡Sí, queremos hacer eso!»

«¡Sí, creemos eso y actuaremos así!»

Este Capítulo ha sido una gran gracia para nosotros. ¡Y será también así para toda la SM!

Nuestro trabajo y nuestro documento capitular son claramente mensajes de esperanza para nosotros, para la SM, para la familia Marianista, para la Iglesia y para el mundo.

Expresan que queremos tener una «fe práctica», que queremos actuar como lo hizo el padre Chaminade.

¡Expresan que no nos dejamos frenar por las dificultades ni los retos!

¡Alegrémonos de eso! ¡Y avancemos para compartir este mensaje con nuestros hermanos!

3. Ahora quisiera terminar con dos consideraciones que tenemos que guardar hoy en nuestro espíritu. No las desarrollaré mucho... es tan solo para guardarlas en el espíritu tras el Capítulo en nuestra vida y nuestro trabajo.

La primera fue expresada muy bien por el padre Charles Klobb.

En 1904, el P. Klobb recibió de la Administración general la misión de comenzar una nueva revista: *L'Apôtre de Marie (El Apóstol de María)*.

Era una época terrible. El año precedente, cientos de hermanos habían sido expulsados de Francia, y casi todas las obras habían sido cerradas, con motivo de la actitud antirreligiosa del gobierno Francés. La AG acababa justamente de instalarse en Bélgica. Muchos hermanos abandonaron entonces la SM, probablemente como unos 500. Y el P. Simler, el "segundo fundador" de la SM murió ese mismo año.

Sin embargo, el primer artículo del nuevo boletín, escrito por el padre Klobb se titula: "Spes nostra", "nuestra esperanza", según las palabras de la *Salve Regina*.

En ese artículo, el padre Klobb hace un resumen de la historia de la SM, recordando todos los problemas que ella tuvo que afrontar durante su historia:

problemas internos de divisiones, de malentendidos, de falta de dinero o de personal, dudas en cuanto a la definición de su misión, problemas con la composición mixta...

o problemas externos como las revoluciones, las oposiciones políticas, la indiferencia...

El mensaje del P. Klobb es muy simple, pero muy importante para nosotros: en todas estas circunstancias, María nos ha ayudado siempre a vencer estas dificultades... ¡siempre!

¡En 1904, ella hará lo mismo! ¡Y nosotros sabemos que ella lo ha hecho! Y la SM ha continuado creciendo y sirviendo en nuevas culturas y en nuevos países.

Hoy, en 2018, ella lo hará otra vez. ¡Ella nos ayudará siempre a vencer las dificultades!

No olvidemos estas palabras cuando cantamos la *Salve Regina: Spes nostra, Salve!* ¡Guardemos estas palabras en nuestro corazón!

La segunda y última idea proviene del Evangelio que nosotros recibimos el día de la instalación del Consejo general: la imagen de la viña que nos une a Cristo y por Cristo nos une con su Padre y a los unos con los otros. Una imagen muy querida al P. Chaminade.

Cuanto más unidos estemos, más recibiremos una vida abundante y más la daremos en abundancia.

Eso es cierto no solo dentro de nuestra comunidad, sino también en el interior de nuestra Unidad, en el interior de toda la Compañía de María – entre nuestras Unidades –, y en el interior de la Familia Marianista.

¡Sed uno, y recibiréis y daréis una vida abundante!

¡Sed uno como la comunidad de Jerusalén, reunida con María y luego enviada a todas partes en misión!

Al final de nuestro capítulo, dejemos de lado nuestra tentación de ser autorreferenciales, ante nosotros mismos o como comunidad, como Unidad o como rama (de la Familia). Seamos abiertos y atentos a las otras comunidades, a las demás Unidades, ramas o familias carismáticas...

Seamos «un solo cuerpo y una sola alma» por el hecho de nuestra unión a Cristo como nuevos hijos de María.

Y demos gracias a Dios porque, como los hombres de esperanza,

Él nos llama **juntos** a multiplicar los panes y los peces,

Él nos llama juntos a multiplicar los cristianos,

para ser «¡un hombre que no muera!».